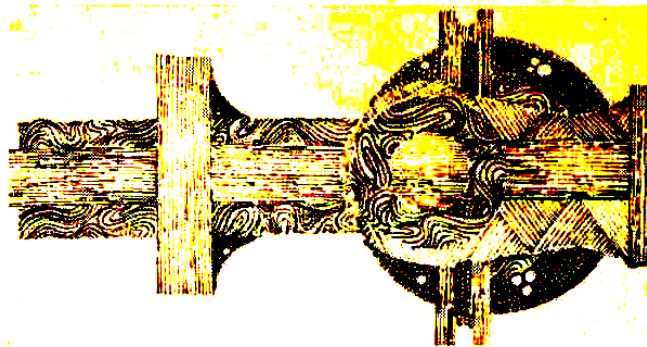




POEMA

PEDRO PARAYMA

*De pie, frente al espejo,
duro, náufrago
y extraño habitante,
estoy
releyendo
en mi antiguo álbum.
Veo pasar tu rostro,
parpadeas cien mil veces
y me hacer una señal
que no comprendo.
Estoy sobre un muelle
esperando mi turno
y de pronto
oigo risas
pero no veo nada.
"Ea Usted" me dicen
y entonces escudriño
en la superficie,
es el capitán de un barco
quien llama,
"Ea, es su turno", dice,
quiero avanzar
los marineros
me saludan
y me gritan
"Ea señor",
trato de avanzar
y no puedo.
Estoy clavado
sobre las tablas del muelle,
pienso en correr,
en verme en la otra orilla,*

allá en mis estancias.
El barco parte,
oigo cuando me dicen
"Ea, hasta la vista".
Me proveo de mis binóculos
y exploro
las aguas,
de repente
comienzan a cantar las sirenas,
no las oigo,
pero veo los movimientos
de sus labios,
entonces río,
río a todo dar,
ordeno
la destrucción de la nave,
y que se salve el más débil
para que narre
como sucedieron los hechos.
Cierro los ojos
y vuelves a pasar,
esta vez,
llevas una lámpara
encendida,
es de aceite de tortuga
el combustible,
pues el humo es rojizo.
Me llamas,
me dices
"Tu, Pedro, ven,
cabalguemos
sobre los cuervos
del rey
ya que han sido adiestrados
para ello".
Te escupo,
te maldigo,
y a cambio
me das un beso
en la frente y me quemas la piel.
Comienzo a padecer
El Cólera
y lloro hasta sanar.
En la plaza del puerto
ves miles de mercaderes
persas
y los invitas,
al acercarse los hombres, los cuervos
los devoran con sus picos amarillentos.
Llamo a una puerta,
nadie me responde

y me marchó.
Llamo a otra puerta,
me responden
que no quieren comprar.
Me pongo a dar saltos
indescriptibles
y a gritar
que alguien me persigue
para matarme.
Toco en todas las puertas
del centro de la ciudad
y doy saltos y lloro
por ser el único perseguido
para ser asesinado.
La gente comienza entonces
a tomarme en cuenta
y desde sus ventanas
con rejas de hierro
me observan.
Les digo
“Por favor, ayúdenme,
no quiero ser el único asesinado
en medio de ustedes”.
Les convengo al final,
les veo salir
con cautela,
armados de cosas contundentes.
Sigo saltando
y me dirijo hacia un inmenso patio
en donde me esperan
mis grandes perros de caza,
la gente me sigue
y les digo entonces,
“Yo soy como ustedes,
no quiero morir asesinado,
por favor...”
La gente se arrodilla
encantada
y ríe de gozo
ante mi suplicio.
Un viejo alza su espada
y yo caigo gravemente herido
en el vientre.
El viejo
me dice “Estas curado”
y mi herida desaparece.
Les digo
“Ea hermanos míos
¡Cerrad los ojos
y vereis!
Llamo a mis mastines

*y les ordeno
acabar con ellos.
Todos murieron
esa tarde
en el solar.
Tu no viste ese espectáculo,
fue muy hermoso.
Veo una luz
y tu pasas cantando,
me muestras una tablilla
y leo: "la palabra sagrada
pero la destruyes
entre tus manos
y la lanzas al fuego
del Dios Oar.
Te miro luego
hacer tus ejercicios
y ponerte tu pijama
transparente
y acostarte.
Te llamo
"Ea tú, ven, sigamos",
pero no siento
que respondas.
La noche ha ido avanzando
como precipitada en un inmenso
tonel de vino.
Doy la espalda y regreso.*

Mérida, 1969.

